Domingo 20 febrero 2022
El Evangelio del Domingo 7C

Lc 6,27-38

El que ama ha nacido de Dios

En este Domingo VII del tiempo ordinario retomamos la lectura del Evangelio de Lucas donde lo habíamos dejado el domingo pasado, es decir, después de las cuatro bienaventuranzas –«Dichosos ustedes»– y las cuatro advertencias antitéticas de aquellas –«Ay de ustedes»–, con las cuales comienza el así llamado «Sermón de la llanura».

Los destinatarios de esas cuatro advertencias, los ricos, los que están saciados, los que ahora ríen, los que son aplaudidos por todos, como eran los falsos profetas, se supone que no son los que escuchan a Jesús. Por eso, Jesús reanuda el discurso con una conjunción adversativa, que opera una división en el amplísimo auditorio que tenía en ese momento: «Pero a ustedes, los que me escuchan, digo: «Amen a sus enemigos…». ¡No todos o, más bien, muy pocos escucharán –harán propio– lo que Jesús dirá! Observemos que Él formula normas de vida usando el modo imperativo. Son, por tanto, sus mandamientos.

«Ustedes amen a sus enemigos; hagan el bien a quienes los odian; bendigan a quienes los maldigan; oren por quienes los calumnien; al que te golpee en la mejilla ofrecele también la otra; al que te quite el manto no le impidas llevarse también la túnica; a todo el que te pida, da; y al que te quite lo tuyo no se lo reclames». ¡Nunca se había oído algo semejante! Si no supieramos que está en el Evangelio, creeríamos haber leído mal.

Observamos que, al transmitir estos mandamientos de Jesús, Lucas omite la contraposición con los mandamientos del Antiguo Testamento, que, en cambio, Mateo conserva: «Ustedes han oído que se dijo: “Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo”. Pues Yo les digo: Amen a sus enemigos y oren por quienes los persigan…» (Mt 5,43-44). En esta formulación Jesús reivindica para sí la misma autoridad que tiene Dios, diciendo: «Yo les digo». Ese Yo es su Persona divina. Dios había dado esos mandamientos para la etapa de la humanidad anterior al envío de su Hijo. Pero «cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer… para que nosotros recibieramos la filiación divina» (Gal 4,4.5). Los mandamientos de Jesús han sido dados para

los hijos de Dios.

Dos cosas podemos decir ante los mandamientos de Jesús, que se refieren respectivamente a las dos facultades esenciales del ser humano, su inteligencia y su voluntad. Lo primero es reconocer la verdad de esos mandamientos y tener la convicción de que en su cumplimiento encuentra el ser humano la salvación, es decir, su plenitud y su gozo colmado. El que llega hasta aquí se puede decir que es verdaderamente un «cristiano», un discípulo de Cristo, porque cree en Jesús que declaró solemnemente: «Yo soy la Verdad» (cf. Jn 14,6).

Lo segundo atañe a nuestra voluntad y se refiere al cumplimiento efectivo de esas normas: «Amar a los enemigos… hacer el bien a quien nos odia, hablar bien de quien nos calumnia, ofrecer la otra mejilla a quien nos golpea…, etc.». Esto ya es más raro, pues llegan hasta aquí solamente los santos. Tal vez nunca hayamos visto acciones semejantes. Las hemos contemplado en las vidas de los santos. Por eso, es necesario que conozcamos las vidas de los santos más importantes, los que nos propone la Iglesia en su liturgia. De esta manera veremos que la ley de Cristo es posible cumplirla con la gracia divina. El ejemplo de los santos movió a San Agustín a decir: «Si éstos y éstas, ¿por qué no yo?». Y por allí comenzó su conversión. La lectura de un «Florilegio de los Santos» es lo que movió a la conversión a San Ignacio de Loyola; y así muchos otros.

Jesús sabe que su ley es una novedad absoluta y, por eso, intenta justificarla con tres situaciones más frecuentes: «Si ustedes aman a quienes los aman a ustedes, ¿qué gracia hay en ustedes? También los pecadores aman a quienes los aman a ellos…». La mayoría de las Biblias traducen: «¿Qué mérito tienen?». En realidad, Jesús usa el término «charis = gracia». Es difícil que Lucas, habiendo sido compañero de misión de San Pablo, no dé a ese término el sentido que le da el apóstol, a saber, un don gratuito de Dios que nos infunde el amor divino y nos permite amar como ama Dios «que es bondadoso con los ingratos y malvados». Los que retribuyen a otros el equivalente a lo recibido –como se hace en toda transacción comercial– actúan de manera puramente natural. No necesitan para eso la gracia divina, que los habilite a amar a los enemigos, y pueden, por tanto, hacerlo también los pecadores.

Expresión de esa gracia divina es lo que resulta de cumplir la ley del amor

expresada por Jesús: «Ustedes amen a sus enemigos; hagan el bien, y presten sin esperar nada a cambio… y serán hijos del Altísimo». El cumplimiento de la ley de Cristo, como decíamos, manifiesta a los «hijos del Altísimo». Esa ley puede cumplirla un hijo de Dios. Todo alcanza su cumbre en el mandamiento máximo: «Sean ustedes misericordiosos como es misericordioso el Padre de ustedes». Obviamente, cuando Jesús dice: «El Padre de ustedes», se refiere al Altísimo, en continuación de lo que acaba de decir: «Serán hijos de Dios». Es la segunda vez en el Evangelio de Lucas que Jesús se refiere a Dios con el nombre de Padre. La primera vez fue cuando sus padres –José y María– lo encuentran en el templo y Él pregunta: «¿No sabían ustedes que Yo tenía que estar en la casa de mi Padre?» (Lc 2,49). Llama a Dios «mi Padre». Es claro, lo dijo en ángel Gabriel en su anunciación: «El que ha de nacer santo será llamado "Hijo de Dios"» (Lc 1,35). Pero en el Evangelio de hoy llama a Dios «Padre de ustedes», ¡de nosotros! Esto es imposible, si Dios no nos concede una participación en su naturaleza divina. Precisamente, esa participación en la naturaleza divina es el amor, como lo declara San Juan: «Amemonos unos a otros, porque el amor es de Dios y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios» (1Jn 4,7). El que ama ha nacido de Dios, el que ama es hijo de Dios. A esto nos llama Jesús y, como Él es la Verdad, Él nos indica el camino. Es lo que leemos en el Evangelio de este domingo.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de los Ángeles